



## HISTORIA DE LA HERMANA ESTELA Y RULO: EN ESTE EJIDO VIVIMOS CON MIEDO

**M**e llamo Estela Ibarra Cruz, soy integrante del grupo Las Buscadoras de El Fuerte. Ellas me dicen la Hermana Estela, por mi religión. En estos últimos diez años he perdido a tres hijos: dos se suicidaron y el tercero, Raúl Andrés García Ibarra, a quien le decíamos Rulo, está desaparecido. Nunca pensé que pudiera sobrevivir a tanto dolor. Quiero compartirles mi historia y la de mis hijos, que han sido víctimas de la violencia, la pobreza y la inseguridad que se vive en esta región de Sinaloa.

Nací en un pueblo de Durango, que se llama Antonio Amaro, el 7 de septiembre de 1964. Mis papás eran campesinos, sembraban maíz y frijol, siembras de temporal. Pero cuando no llovía no se cosechaba nada y no teníamos ni para comer. Yo era la mayor de ocho hermanos y éramos muy pobres, pero no había la violencia que hay ahora, así que mis recuerdos de niñez son felices, aunque en medio de la pobreza. Cuando tenía 14 años me fui con una tía a Ciudad Acuña, Coahuila, a trabajar. Sólo cursé hasta primero de secundaria porque no había dinero; estudiar era un lujo y yo tenía que ayudar a mi familia. Ahí empecé a trabajar en una maquiladora de ropa. Aguanté un año y medio y luego me regresé pa'l rancho. Cuando regresé conocí a mi marido, él tenía 17 años y nos escapamos juntos. Estuvimos como un mes y medio así nomás juntados, pero luego nos casamos por el civil.

Mi esposo y su familia se enganchaban como jornaleros en temporada de cosecha, se venían para Nayarit y Sinaloa y luego se regresaban al terminar la cosecha al rancho, en Durango. Así le hicimos cuando nos casamos, nos enganchamos para trabajar en Nayarit. Pero luego el hermano de mi marido consiguió un pedazo de tierra aquí en este ejido que

se llama Juan José Ríos, y a principios de los ochenta nos vinimos para acá. A mí me gustaba mucho este lugar porque había mucho trabajo, mucho más que ahorita. Había muchas siembras: tomate, ajonjolí, uno que se llamaba frijol de soya, mucha cebolla. Eran buenos tiempos y la gente vivía de la tierra. Así que decidimos dejar definitivamente Durango y aquí nos quedamos.

Al principio llegamos a la casa de su hermano, pero duramos poco tiempo ahí porque nos regalaron este pedazo de tierra para construir nuestra casa. Se lo regalaron a mi suegro, era un terreno grande como de 40 por 40, él lo repartió con nosotros y otro hijo que también se trajo. En el pedacito que nos tocó empezamos a hacer nuestra casita con puro cartón, con puro cartón empezamos. Durante los primeros seis años no teníamos ni agua ni luz. Pedíamos agua con algún vecino y le ayudábamos a pagar la cuenta. Para aluzarnos mi suegra hacía unas lámparas de petróleo con una mechita de trapo, que se llamaban “cachimbas”. Sufrimos bastante.

Para ayudar con los gastos de la casa yo bordaba unas servilletas que vendía con los vecinos. Pero me daba mucha pena ofrecerlas, así que no me iba muy bien, sólo se las vendía a la gente que conocía. En 1981, cuando tenía 17 años, tuve a mi primer hijo y ya no pude trabajar. Le pusimos de nombre Gregorio García Ibarra. Inmediatamente después, cuando Goyito aún no tenía el año, nació Juan, y en 1984 llegó mi única niña, Brenda Berenice. Luego tuve un aborto casi a los nueve meses y después, en 1993, nació Raúl Andrés.

Todos estudiaron la secundaria, y algunos ya de grandes sacaron la prepa abierta. La niña se me casó muy joven y ya no siguió estudiando, pero ahora con sus niños sacó la prepa abierta. Cuando los muchachos estaban creciendo se empezaron a formar aquí en el ejido pandillas de cholos<sup>13</sup> y comenzaron algunos robos. Pero nada que ver con la violencia que hay ahora, no había muertos ni nada y todavía confiábamos en la policía. Si había algún problema llamábamos a la Comandancia y se

---

<sup>13</sup> En el contexto sinaloense, este término refiere a jóvenes de la localidad, de barrios periféricos o zonas marginales organizados en pandillas, cuya estética se caracteriza por usar pantalones flojos y ropa holgada. Generalmente se usa con carácter despectivo.

llevaban a los muchachos que robaban, pero no los desaparecían como ahora, sino que llamaban a sus familias y ya con ellos se arreglaban para disciplinarlos. Fue hace como diez años que las cosas empezaron a cambiar, todo se puso muy feo. Comenzaron los asesinatos y los levantones de los jóvenes. Llegó gente de fuera y muchos de los de Juan José Ríos también se malearon y empezaron a levantar personas.

Yo tenía miedo por mis hijos. A ellos les tocó crecer en ese ambiente. El mayor, Gregorio, era muy noble y soñaba con ser ingeniero agrónomo. Él estudio en el Conalep, pero en el último año su papá enfermó de cirrosis y él tuvo que salirse de estudiar y ponerse a trabajar. Se me casó muy joven, a los 18 años, y se las vio muy duras porque no había trabajo y rápido tuvo a su primera hija. Él vivía preocupado por la economía, se angustiaba mucho de no poder darle a su familia una mejor vida.

Se fue con su esposa a trabajar a Tijuana, en una central de abastos. Ella tenía familia allá y por eso se fueron. Pero después se regresaron de vacaciones y ya no pudieron juntar dinero para volver. La familia de Jazmín, su esposa, le mandó dinero a ella para que fuera a Tijuana a llevar a una hermanita, y el arreglo era que ellos pagarían el boleto de ida, pero mi hijo les daría el del regreso. Pero eran los meses de junio, julio y agosto, donde escasea mucho el trabajo; mi hijo fue a pedir trabajo a varios lados y no consiguió nada. Le empezó a entrar la desesperación, tenía un compromiso con la familia de ella y estaba quedando mal. Eso lo deprimió mucho. Finalmente, decidió empeñar unas alhajas que tenía su mujer, y le dieron 1,500 pesos. Pero para su mala suerte lo asaltaron y le quitaron todo el dinero. Su papá y yo no estábamos en la casa ese día, porque nos habían pedido que cuidáramos la casa de unos vecinos. Después me enteré por su abuela de lo del asalto, al parecer llegó golpeado a la casa y estaba deshecho. Quería salir a buscarlos y recuperar su dinero, pero mi otro hijo lo convenció de que no lo hiciera porque era muy peligroso. Era gente mala con la que uno no se puede meter. Esa tarde se encerró en su cuarto y puso la música a todo volumen. La última que habló con él fue su abuela, que le pidió que bajara el volumen para poder dormir. Al otro día, cuando su hermano le tocó la puerta no respondió. Lo encontraron colgado con una sábana. No me dejaban en-

trar a verlo. Su hermano estaba gritando como loco. “Méndigos 1,500 pesos valía tu vida”, le reclamaba en mi desesperación. No podía con tanto dolor, no podía creerlo. Y no imaginaba que éste era sólo el principio, que más tarde perdería a mis otros dos hijos.

Juan empezó a drogarse poco después del suicidio de su hermano. Al principio era sólo marihuana, pero después siguió con cristal. Él también estaba casado y tenía dos hijitas. Su esposa tuvo que hacerse cargo de la casa porque él dejó de trabajar. Yo encontré refugio en la Iglesia Apostólica de la Fe en Cristo Jesús, y traté de que él y su esposa se bautizaran, pues sabía que la fe le podía dar la fuerza que necesitaba para seguir adelante después del suicidio de su hermano. Pero él estaba muy afectado, nunca pudo superarlo. Quise llevarlo con un psicólogo, pero no se dejó. Siempre traía el suicidio de su hermano en la mente, yo no sabía qué hacer para ayudarlo, intenté de todo. Con ayuda de la Iglesia logré que dejara las drogas por tres años, pero luego recayó. Empezó a tener muchos problemas con su esposa; todos vivían aquí con nosotros, y como él no trabajaba, mi esposo y yo le ayudábamos con las niñas. La esposa empezó a limpiar casas, pero no le gustó y se salió pronto. Finalmente, un día agarró a las niñas y se fue. A él le dolió mucho porque las niñas eran su vida, las quería un montón.

Después se buscó otra mujer y con ella tuvo otro niño, pero le nació enfermo. Por negligencia médica, durante el parto el niño tomó líquido amniótico y le afectó el cerebro. Él de nuevo dejó las drogas y comenzó a trabajar en el rastro. Quería juntar dinero para llevarlo a Hermosillo a que lo revisaran. Iban a hacer un “shower médico” para juntar dinero, aquí se acostumbra eso cuando hay alguna necesidad. Se preparan algunas botanas y se invita a la gente a que coopere con una cantidad fija o con lo que pueda. Estaban en eso cuando fue el décimo aniversario de la muerte de Goyito, y ese mismo día, a la misma hora, Juan, mi segundo hijo, se quitó la vida de la misma forma que su hermano. Miriam, su esposa, se puso como loca. Yo no podía con tanto dolor. Sólo la fe me permitió seguir adelante.

Rulo, el más pequeño, tenía 18 años cuando se suicidó su segundo hermano. Le afectó muchísimo. Él desde los 6 años sufre de ataques

epilépticos y tenía que tomar medicina permanentemente. Por lo mismo perdió tres años en la primaria, porque a mí me daba miedo mandarlo a la escuela y que le fuera a dar un ataque en plena clase. Pero con las medicinas se le espaciaron los ataques. Tenemos Seguro Popular y ahí nos daban algunas de las pastillas que necesita, pero había una muy cara que teníamos que comprar nosotros, costaba como 1,200 pesos y sólo le duraba nueve días. Yo lo cuidaba mucho, porque tenía miedo de que le fuera a dar un ataque y estuviera solo. Por lo mismo dormía en el mismo cuarto que mi esposo y yo, por si pasaba algo que lo pudiéramos ver. Él a veces se molestaba de que yo estuviera siempre pendiente de él: “me puedo cuidar solo”, me decía. Pero yo sabía que si le daba un ataque no podría cuidarse. Por eso cuando se iba de campamento con los hermanos de la Iglesia siempre se lo encargaba a alguien, les explicaba lo de su enfermedad y cómo debían cuidarlo si le daba la epilepsia.

A pesar de su enfermedad él siempre quiso estudiar y era un excelente estudiante, exentaba muchos exámenes. Soñaba con ser agrónomo. Poco antes de su desaparición estábamos juntando dinero para pagar la inscripción en la escuela de agronomía que está aquí en el ejido. Necesitábamos 3,500 pesos para la inscripción, pero le dije que no se preocupara, que íbamos a conseguir un préstamo en *Compartamos Banco*, un sistema de créditos que hay aquí en la comunidad.

Él era un joven alegre y muy amiguero. Nunca tuvo vicios ni anduvo en malas compañías. Estaba muy cercano a la Iglesia y sus amigos eran todos muchachos sanos como él. En el ejido hay de todo, y por supuesto que saludaba a los otros jóvenes que andaban mal, crecieron juntos. Pero no pasaba de un saludo. Él mantenía la distancia para evitar problemas. Por nuestra religión no tomaba ni fumaba, tampoco iba a fiestas. Se la pasaba de la casa a la iglesia y de la iglesia a la casa de su novia, que vivía a sólo cuatro cuadras de aquí.

Era un hijo bien cariñoso, bien chipilón y nada más; así grandote como estaba yo empezaba a hacerle cariños y le decía: “venga mi niño, siéntese aquí”, y me lo sentaba en las piernas. Él me seguía el juego cuando le empezaba a hablar chipilón, “siéntese aquí mi niño”, venía y me abrazaba, me daba un beso y lo tenía un buen rato aquí. Era estudio-

so y soñaba con ser ingeniero y ganar dinero para construirme una casa. Dos días antes de que lo levantaran me dijo: “Yo quiero estudiar ma’, yo quiero ser alguien en la vida, lo primero que voy a hacer es hacerle su casa, una casa linda, una casa grande”.

Pero todos sus planes se interrumpieron el 31 de octubre de 2013. Él tenía apenas unos doce días de que había conseguido un trabajo de ayudante de carroceros, era de medio tiempo y le iba a permitir seguir estudiando. Regresando del trabajo se bañó para ir a ver a su novia Wendy. Le dije que cenara primero, pero no quiso. Me dijo que regresaría a las diez de la noche. Él nunca llegaba a la casa después de las once.

Cuando él salía de noche me quedaba muy nerviosa, porque sabíamos que había redadas, se llevaban a jóvenes inocentes para ponerlos a trabajar. Eran hombres armados que pasaban con sus carros y se llevaban a quien querían. Sólo en la esquina de la casa se había llevado ya a dos muchachos inocentes, Angelito y Carlitos, que no andaban mal. Eran dos primos, buenos muchachos; se los llevaron a la fuerza y después sus cuerpos aparecieron torturados. Todo el ejido fue a su velorio, nos pesó mucho porque todos sabíamos que no andaban en nada malo. No entendemos por qué pasa esto, por qué los matan y los torturan, de dónde viene tanta maldad.

La gente tiene miedo de denunciar porque no confía en las autoridades, sabe que no los buscarán, muchas veces trabajan juntos. Las patrullas detienen a los muchachos y los entregan a los criminales. También pasa que si denuncian, terminan investigando a la familia y metiéndola en problemas. A una hermana de mi iglesia le desaparecieron a un hijo. La patrulla lo detuvo y hubo testigos que vieron cuando lo subieron al carro. Ella fue a la Comandancia para pedir que liberaran a su hijo, pero le dijeron que no lo tenían. Cuando ella les dijo que hubo testigos que vieron a la patrulla, en la Comandancia le dijeron: “traiga a los testigos para ver si es cierto”. Pero sabían que la gente tiene miedo y que nadie iría a atestiguar contra los policías. Hay muchos casos así, también el de una señora que tenía un hijo adicto que le causaba problemas, y su mayor error fue confiar en la policía. Les llamó para que lo encerraran unos días, para ver si se calmaba. Se lo llevaron y al cuarto

día, cuando fue a sacarlo, ya no estaba y le dijeron que lo habían soltado. Nunca volvió a aparecer.

Así que los jóvenes desaparecen y no sabemos quién se los lleva, las autoridades trabajan en coordinación con los criminales, eso sí se sabe. Cuando los carros de hombres armados entran al ejido no se ve ni una sola patrulla, desaparecen como por arte de magia. Todos sabemos que no están aquí para protegernos.

Esos maleantes tienen mucho poder y hacen lo que quieren con la gente del ejido. Hace como siete años mataron a once estudiantes del Conalep porque andaban celebrando en la calle su graduación, y estos tipos armados se pararon y les dijeron que ya se fueran a sus casas. Los jovencitos, envalentonados, les respondieron que ellos no los mandaban y siguieron la fiesta. Eran tres jóvenes y ocho jovencitas. Regresaron una hora después, y como seguía la fiesta se los llevaron a todos y amanecieron al otro día a la orilla del dren, todos con alambres de esos como de púas. Eran ocho muchachitas bonitas, todas estudiantes. A diez de ellos los sepultaron el mismo día, el pueblo entero estaba de luto. Sólo a una de las muchachas la sepultaron quince días después, porque a ella se la llevó la corriente y la hallaron casi llegando al mar. Estaba irreconocible porque estaba boca abajo y el salitre la había desfigurado. Se denunció, pero nadie hizo nada. En este ejido ha habido muchas injusticias, muchos jóvenes desaparecidos y asesinados.

Vivimos con miedo de estos hombres armados que actúan en coordinación con los policías. El rumor es que es gente de Batamote; algunas noches entran varios carros a la vez y hacen lo que quieren. Ese 13 de octubre nos llegó el rumor de que iban a entrar. Por eso yo no quería que Raúl saliera y le insistí que se quedara en casa; una, como madre, presiente el peligro. Pero él me dijo que Wendy, su novia, lo estaba esperando. Mientras se arreglaba, yo lo iba siguiendo por toda la casa, insistiéndole que no saliera. Cuando se fue me senté en este sillón a llorar. Mi marido me dijo: “No seas *panchera*, ya está grande y sólo va a ver a su novia”. “Pancheras” les decimos por aquí a las mujeres que son muy exageradas. Pero la realidad demostró que yo no estaba exagerando.



Después supe por unas vecinas que cuando iba saliendo de la casa pasaron dos muchachos de aquí del ejido en una moto y les pidió aventón porque ya iba tarde. Lo subieron y eso fue lo último que supimos de él. Cuando dieron las once y no llegaba empecé a marcarle, pero me mandaba a buzón; también le marqué a Wendy, pero no me respondió. No quise insistir porque pensé que tal vez los muchachos habían decidido escaparse juntos. Esa idea me tranquilizó un poco, pero cuando amaneció y no tuve noticias de él, mi corazón me dijo que algo grave había pasado.

En la mañana me habló el tío del joven que era dueño de la moto, me preguntó por Raúl y me dijo que los tres que andaban juntos en la moto no aparecían. Fue ahí que la vecina me contó que escuchó cuando Raúl les pedía aventón. Ese mismo día aparecieron tres jóvenes muertos cerca del ejido, pero no eran ellos. Eran tres jovencitos que también iban en la preparatoria de mi hijo. Yo salí a buscarlo esa mañana, iba llorando, tenía mucho miedo, presentía que algo malo le había pasado. Mi hija me acompañó a la Comandancia a preguntar si habían detenido a alguien la noche anterior, pero no sabían nada. Fuimos a casa de sus amigos, el 31 hubo una fiesta de Halloween y todos andaban en eso, pero mi Raúl no iba a esas fiestas, así que desde que salió de la escuela nadie lo había visto.

Los hermanos de mi Iglesia vinieron a la casa en cuanto supieron que mi hijo había desaparecido. Estaba desesperada, me puse como loca. Entonces vi que mi hija estaba en un rincón, sin hablar, “hecha bolita”, y le pregunté si sabía algo. Entonces me contó que unos parientes de su esposo, que vivían como a 500 metros de la casa, habían visto cuando una camioneta con hombres armados y encapuchados los subieron a la fuerza. Como su casa está cerca de la calle, pudieron escuchar que mi hijo los reconoció y se resistió, les dijo: “Pero yo ¿por qué? Ustedes me conocen, saben que no me meto con ustedes, ni siquiera consumo”. Pero igual se lo llevaron.

Cuando mi esposo y mi yerno fueron a poner la denuncia en la Comandancia de Juan José Ríos, el policía que les tomó la denuncia les dijo: “No se preocupen, se los han de haber reclutado para trabajar, como

les han dado muchas bajas y les han matado a muchos, por eso se andan llevando a los jóvenes”. Nos decía eso según para tranquilizarnos. Pero yo sabía que mi hijo sería incapaz de usar un arma, y con su problema de epilepsia y sin su medicina no aguantaría mucho. En todo eso pensaba mientras lo seguía buscando. La gente de mi Iglesia me apoyó mucho; los primeros días me trajeron comida, porque yo no tenía cabeza ni para cocinar. La casa estaba llena de hermanos que venían a ayudarnos. El siguiente año toda mi vida giró en torno a encontrarlo. Cada vez que escuchaba que habían encontrado un cuerpo, iba para ver si se trataba de mi hijo. Por todas partes andaba: en Los Mochis, Ahome, Mocorito, hasta a Culiacán fui.

Yo iba casi todos los días al Ministerio Público para ver si había noticias, pero nadie lo estaba buscando. Hasta que un día la secretaria me dijo: deje de molestar, nosotros les avisamos si sabemos algo. Me sentía impotente al ver que no hacían nada.

Durante año y medio lo seguí buscando sola, seguía todas las pistas que me daban. Un día, una vecina me habló de Las Rastreadoras, me dijo que había leído en el periódico *El Debate* que eran madres como yo que buscaban a sus hijos. Primero hablé al periódico, pero no me dieron razón. Ahorré dinero para comprar un celular y conseguí el número de Mirna. Duré meses hablándole, sin que me respondiera. Finalmente, un día la contacté y le conté de mi caso. Pasaron semanas hasta que fui a la primera búsqueda. No sabía bien qué hacían, sólo que tenía que llegar muy temprano a su oficina a Los Mochis y llevar una pala. Recuerdo bien ese día, a la primera que vi fue a Lili. La vi de espaldas y tenía una camiseta que decía: “Te buscaré hasta encontrarte”. Yo soy muy tímida, pero en ese momento sentí como que me encontraba a una amiga, corrí a abrazarla y me solté llorando. Ella había vivido lo mismo que yo y me entendía. Fue como encontrar una familia.

Cuando me integré al grupo mi vida cambió totalmente. Ya no estoy sola en mi búsqueda y tengo mucha esperanza de encontrarlo. Siento que mi hijo está muerto, por su problema de salud y su carácter, no creo que haya podido aguantar mucho con esos tipos. La mamá de uno de los jóvenes con los que desapareció se enoja cuando le digo que

yo pienso que ya están muertos. Ella se aferra a la idea de que los tienen trabajando en algún lado. Ojalá yo me equivoque y estén vivos, pero como madre siento que mi hijo ya no está en este mundo.

Nunca he dejado de buscarlo; ahora con Las Buscadoras he aprendido muchas cosas, sobre todo que debemos tener esperanzas. Creo que no fue casualidad que Dios nos dio la oportunidad de conocernos, por algo hicimos este grupo, para que no estuviéramos solas, porque pos' ya las llegué a querer, pos' ni las conocía a ni una de ellas y ahora las quiero mucho a todas. Siento que estamos en la misma sintonía.

Desde que me integré al grupo me ha tocado encontrar como a diez jóvenes. El primero que encontré fue el hermano de una de Las Rastreadoras, que se llama Jessie. Fue bien duro, yo oraba a Dios que me diera fuerza para no quebrarme, porque sentía que si me ponía a llorar me iban a rechazar. Entendí que así podría encontrar algún día a mi hijo y eso me dolía mucho. Cada cuerpo que hallamos me da sentimientos encontrados porque me siento satisfecha por la mamá que va a tener, de pérdida, los restos de su hijo para enterrar, pero me siento dolida de pensar que así esté mi hijo. Cuando encontramos también estamos deseando: “ojalá que ese cuerpo sea el de mi hijo”; sin embargo, cuando se identifica y no es el nuestro, decimos “qué bueno que no fue mi hijo”, porque sigue quedando la esperanza; mientras no encuentre su cuerpo y lo identifiquen, la esperanza de que esté vivo sigue ahí.

Voy a seguir con Las Rastreadoras aunque encuentre el cuerpo de mi hijo, o si Dios me hace el milagro de que regrese vivo. Porque ya somos como una familia y los buscamos a todos. No las voy a dejar solas. He aprendido con mis compañeras que para una madre no hay un hijo malo; aunque haya sido el peor de los delincuentes, para una mamá es un hijo nada más, eso lo he ido reconociendo en el tiempo que llevo con ellas, que el mío es igual que el peor de los hijos de Las Buscadoras; para mí, ahora, todos son iguales, todos son mis hijos.

Si algún día me encontrara de frente con el que se llevó a mi hijo, quisiera antes que nada que reconociera lo que hizo, que reconociera que se lo llevó injustamente. Después le diría “que Dios lo bendiga” y le desearía que un día saliera de ese camino para que no le diera ese dolor

que yo tengo a su mamá. No le desearía a su madre lo que yo he vivido. Tengo tres sepulturas a dónde ir a llorar, las de mis dos hijos y la de mi nietecito. Pero a Raúl no tengo ni siquiera dónde ir a llorarle y eso no se lo deseo a nadie.

CARTA A LA HERMANA ESTELA, DE EMELIA,  
UNA MUJER QUE ORA POR USTED DESDE LA PRISIÓN  
FEMENIL DE ATLACHOLOAYA

*Mi nombre es Emelia y le escribo desde Atlacholoaya, Morelos, donde estoy en la misma batalla que usted, sólo que en diferentes academias. Yo entre cuatro paredes, y usted en libertad, las dos clamando justicia. Estoy encerrada, pero confío, pues alguien me dijo que me ama, que dio su vida por mí y que tiene a su cuidado a mis cinco hijos.*

*Leí su batalla y sus pérdidas y ni siquiera me imagino su dolor, porque yo tengo a mis cinco hijos que Dios me prestó, pero que están afuera con su papá. Desafortunadamente mi madre falleció hace siete años y a mi papá lo conocí cuando yo tenía 14 años y desapareció de nuestras vidas. Tengo cinco hermanos, soy la única mujer, pero ninguno de ellos se preocupa por mis hijos, así que no tienen a nadie que los visite. Hoy 31 de marzo fue cumpleaños de mi bebé, cumplió once años, tenía ocho cuando lo dejé, y me dicen que ya me vaya con ellos. Mi bebé, la más pequeña, me lloró diciéndome que le ha pedido a su papá que rompa su alcancía para que paguen lo que me robé, dice que ya no puede más, que desea que yo la lleve a la escuela y que en la noche ella me hace un espacio en su cama para que yo me duerma.*

*Eso me partió el alma, y recordé el dolor de usted por no tener a su bebé, a Raúl Andrés, en sus brazos y no saber dónde está, y me puse a pensar: ¿Qué sería de mis bebés si yo estuviera muerta? Pedí venir a la cárcel cuando me estaban golpeando, me estaban matando; los policías que me detuvieron me torturaron y en mi pensamiento sólo estaban mis hijos, que se quedarían solos. Dios me concedió lo que le pedí, hasta ellos se quedaron sorprendidos porque me dieron un golpe en la nuca, mortal, y después de horas de tortura desperté y gritaron: ¡Ésta tiene más vidas que un gato!*

*A veces siento que no puedo, que mis fuerzas no pueden más, y cuando leí que existían Las Buscadoras, que con el corazón en pedazos y el alma destrozada no desmayan por encontrar a un pedazo de su vida, mi corazón se conectó con ellas y con su lucha. Como madre pensé: cómo no los van a buscar, si desde el primer momento en que nos dicen que hay una personita dentro de nosotras ya estamos contando los meses para conocerlos; no nos importa si es él o ella, sólo que esté sano, y se hacen eternos esos últimos días, el dolor es insostenible, pero todo se alivia cuando ves su carita.*

*Qué dolor hermana, de corazón a corazón le voy a hablar del gran amor de mi vida, el que me ha dado la fuerza para seguir adelante: “Antes de que yo te formara en el vientre de tu madre ya te conocía, antes de que tú nacieras, ya te había elegido, para que fueras un profeta para las naciones” (Jeremías 1,5). “No temas, estoy contigo, yo soy tu Dios, no tengas miedo, te fortaleceré, sí, yo te ayudaré, te salvaré con mi mano victoriosa” (Isaías 41,10).*

*Me despido, ahora Las Buscadoras estarán siempre en mis oraciones; que Dios la guarde y le dé entendimiento y sabiduría y, sobre todo, paz en su corazón.*

*Tiene por quién vivir, su familia la necesita. Entréguele su carga a Dios y Él le hará descansar, Él conoce su dolor y está esperando con los brazos abiertos que lo haga.*

*Dios la guarde, besos.*

EMELIA,  
una mujer que ora por usted desde la prisión  
femenil de Atlacholoaya